



Maudo García, Lucía. ““La patria de los libros”: la escritura como lectura en *Allá en lo verde Hudson* de Arnaldo Calveyra”.
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2023, vol. 12, n° 27, pp. 125-137.

“La patria de los libros”: la escritura como lectura en *Allá en lo verde Hudson* de Arnaldo Calveyra

“La Patria de los Libros”:

Writing as Reading in Arnaldo Calveyra’s *Allá en lo verde Hudson*

Lucía Maudo García ¹

ORCID: 0000-0003-1576-9886

Recibido: 21/07/2022 || Aprobado: 14/12/2022 || Publicado: 22/03/2023

Resumen

En 2012 el escritor argentino, residente en París, Arnaldo Calveyra publicó un ensayo evocativo de *Allá lejos y hace tiempo* (*Far Away and Long Ago*, 1918), la autobiografía de William Henry Hudson, bajo el título *Allá en lo verde Hudson*, en el que mezcló el comentario y el análisis con el resumen, la transcripción de extractos del texto original y la reescritura. Con este libro, Calveyra mostró al lector sus propios pensamientos, su proceso de leer, y recuperó la obra del angloargentino. Reflexionó sobre la vida de Hudson a partir de sus propias experiencias vitales –como su traslado a Francia–, centrándose en aspectos concernientes a la recepción y a la traducción de una obra literaria. Tal y como hicieron otros autores que siguieron el camino trazado por Jorge Luis Borges –como Juan José Saer, Ricardo Piglia o Carlos Gamerro–, volvió su mirada a Hudson desde una perspectiva integradora, desde la idea de que el idioma que utilizó para expresarse no imposibilita su adscripción a las letras argentinas

Palabras clave

Calveyra; Hudson; literatura argentina; autobiografía; traducción.

Abstract

In 2012 the Paris-based Argentinian writer Arnaldo Calveyra published an evocative essay on William Henry Hudson’s autobiography, *Far Away and Long Ago* (1918). In his book, entitled *Allá en lo verde Hudson*, Calveyra commented, analyzed and summarized Hudson’s work, and transcribed and rewrote extracts of the original text. Calveyra expressed his own thoughts and recovered the work of the Anglo-Argentinian writer. He reflected on Hudson’s life based on his own life experiences, like his relocation to France, focusing on aspects concerning the reception and translation of a literary work. Like other authors that followed the path laid out by Jorge Luis Borges (like Juan José Saer, Ricardo Piglia or Carlos Gamerro), he saw Hudson from an integrative perspective: He thought that the language Hudson used to express himself did not make it impossible to consider him part of Argentinean literature.

Keywords

Calveyra; Hudson; Argentinean literature; autobiography; translation.

¹ Doctora en Investigaciones Humanísticas y Profesora Asociada en el Departamento de Filología Española de la Universidad de Oviedo. Realizó su tesis doctoral sobre el escritor angloargentino William Henry Hudson (1841-1922). Sus líneas de investigación son la literatura argentina e hispanoamericana; la literatura comparada; las relaciones entre ciencia y literatura, entre historia y literatura y entre religión y literatura. También ha abordado la relación de la literatura con otros medios de expresión artística (cine, música, cómic, etc.). Es autora de diversos artículos y capítulos de libros. Contacto: l.maudogarcia@outlook.es



Introducción: el escritor como lector

En 2012 Arnaldo Calveyra, escritor argentino residente en París, publicó un ensayo evocativo de *Allá lejos y hace tiempo* (*Far Away and Long Ago*, 1918), la autobiografía de William Henry Hudson, bajo el título *Allá en lo verde Hudson*. En este mezcló el comentario y el análisis con el resumen, la transcripción de extractos del texto original y la reescritura. El libro, editado por Adriana Hidalgo y perteneciente a la colección *La lengua/relato*, consta de 154 páginas cuidadosamente ilustradas por el también argentino Antonio Seguí, cuyos dibujos a todo color ocupan páginas enteras y le confieren un cierto aspecto de relato infantil (predomina el verde, como en el título, como en la naturaleza que contemplaba Hudson).

En el momento de la publicación, Calveyra era un autor especialmente conocido por su obra poética; no obstante, quiso sacar a la luz algo que había escrito varios años atrás, en 1989. Se trataba de sus comentarios al libro de Hudson, exponiendo ante el lector lo que este proceso de leer había suscitado en él:

Un poeta lee una novela. Esta es básicamente la apuesta de *Allá en lo verde Hudson*, pero llama la atención que no la lee porque se trate de un texto “poético” sino que busca la tierra bajo los pies, el sustantivo más que el adjetivo o el tiempo verbal. Y en esa materia, y en ese hacer y deshacer la materia vamos avanzando en la lectura y siguiendo este movimiento por el cual Calveyra le va dejando crecientes espacios a Hudson, hasta confesar el puro placer de “fijar” su texto, transcribirlo como si quisiera grabarlo a fuego en la memoria. (Zeiger, s/p)

El poeta analizó la obra a partir del original inglés y de dos traducciones: una al castellano, otra al francés. La versión castellana que siguió fue la de la editorial Peuser, publicada en 1938 y traducida por Fernando Pozzo y Celia Rodríguez de Pozzo;² sin embargo, no precisa nada sobre las versiones inglesa y francesa, ni las usa de manera evidente en el texto para realizar comentarios o establecer comparaciones. Si no fuese porque lo menciona explícitamente, el lector no tendría modo de saber que trabajó con esas tres ediciones del texto (están en el trasfondo porque –como se verá– Calveyra abordó en este libro la cuestión de la traducción).

Llama la atención la cantidad de páginas ocupadas por las palabras de William Henry Hudson, puesto que al menos la mitad de *Allá en lo verde Hudson* es una transcripción de *Allá lejos y hace tiempo*, que las ilustraciones de Seguí y los comentarios de Calveyra van aderezando (en redonda se anotan las reflexiones de Calveyra, y en cursiva los extractos del texto hudsoniano en su traducción al castellano). El poeta encuentra gran regocijo en su labor de amanuense:

² Se había interesado por Hudson en 1927, tras la lectura de “El caballo tobiano”. El relato (incluido en *El Ombú*, 1902) había sido traducido del original inglés, y había aparecido en la revista *El Hogar*. A partir de ese primer acercamiento empezó el estudio de su obra, y leyó *Allá lejos y hace tiempo* en su versión original. En 1929 logró localizar el hogar natal de Hudson, descrito en la autobiografía, y en 1936 conoció personalmente a Robert Cunninghame Graham. El 15 de mayo de 1939 dictó una conocidísima conferencia, “Semblanza de Hudson”, publicada en 1940 como folleto por el Instituto de Conferencia del Banco Municipal de Buenos Aires. Si bien se trata de un texto breve, es quizá uno de los que más ha influido en los investigadores, marcando una línea de interpretación de la obra hudsoniana y del propio autor. La conferencia del doctor Pozzo giró en torno a tres pasajes extraídos de *Días de ocio en la Patagonia* (*Idle Days in Patagonia*, 1893), dedicando además especial atención a *Allá lejos y hace tiempo*, “un libro que domina por completo a quien lo lee” (14). Él y su esposa emplearon tres años en su traducción, y eligieron este entre todos los escritos por Hudson porque lo consideraban “el más nuestro” (15).

Me dedicaría a copiar a mano, imagen a imagen, cada línea, cada párrafo de su libro, con la lentitud requerida por estas horas de tregua y acaso de víspera, hacer de *Allá lejos y hace tiempo* un libro de horas, saborear las imágenes en su propia luz y sombra, cada palabra así convocada, cada uno de los sustantivos que resaltan como en relieve de la trama del libro, palabras bajo el hechizo y la advocación de una mente enamorada. (152)

1. Recuerdo y olvido

El pretexto utilizado por Calveyra para la escritura de este texto es muy similar al expresado por Hudson para el de su autobiografía: el escritor del siglo XIX se vio aquejado por una enfermedad que lo obligó a guardar cama durante un periodo de seis semanas, tiempo que aprovechó para escribir; el autor del siglo XX se enfrentó al tedio de la festividad de la Nochevieja de 1989, que dejaba vacía la tarde en espera de la celebración nocturna, lo que propició la lectura. Calveyra fue hilando los fragmentos extraídos de *Allá lejos y hace tiempo* con sus propias palabras, cargadas de ritmo poético y de una indudable musicalidad. Él, desde París, en esa Europa distante, se sentía más próximo a aquel siglo XIX que a ese siglo XX que no cesaba en su avance:

Tal vez sea lo exiguo de esta luz de las dos de la tarde que al filtrarse por la ventana me comunica una como insinuación o pedido de destiempo, esta idea o atisbo de una idea que podemos hacernos (que en todo caso me hago yo) de tardes semejantes en un final de año en esta misma ciudad, pero que en lugar de dirigirse hacia el siglo próximo, conjetural siglo XXI, o, más modestamente, hacia 1990, le siguieran perteneciendo al siglo XIX. (8)

Calveyra se pregunta en el texto por la prodigiosa memoria de Hudson: “¿Cómo pudieron, pues, aflorar imágenes semejantes sesenta, setenta años más tarde?” (21). Hudson las recuperó durante un periodo de enfermedad, pero él mismo se sorprendió al lograr verter sus primeros años de vida en las páginas de un libro:

Nunca fue mi intención escribir una autobiografía. Desde que empecé a escribir, llegada la edad madura, he contado de tanto en tanto algún episodio de mi niñez, que incluí en diversos capítulos de *El naturalista en La Plata, Los pájaros y el hombre, Aventuras entre pájaros*, en otras obras y en dos o tres artículos de revista; si hubiera pensado en esa clase de libro, habría utilizado todo ese material. Siempre que en los últimos tiempos mis amigos me preguntaban por qué no había escrito una historia de mis primeros años en las pampas, mi respuesta era que ya había contado en esos libros todo lo que valía la pena contar. Y lo creía de verdad, porque siempre que alguien se esfuerza en recordar toda su infancia, termina por darse cuenta de que no es posible hacerlo [...]. Las escenas, la gente, los hechos que con esfuerzo somos capaces de recordar, no se presentan ordenados; no hay ningún orden, ni secuencia ni progresión regular; nada, de hecho, sino lugares o manchas aisladas, brillantemente iluminadas, que se ven nítidas en medio de un velado paisaje mental. (*Allá lejos* 7-8)³

³ Las citas de *Allá lejos y tiempo atrás* proceden de la publicación editada en 2004 por Acantilado y traducida por Miguel Temprano García. Esta primera versión española del texto realiza una variación del título que la obra ha tenido tradicionalmente, publicándose como *Allá lejos y tiempo atrás*. Aunque el título empleado por Temprano García es más fiel al original en cuanto a la inexistencia de una forma verbal en aquel idioma, la realidad es que *Allá lejos y hace tiempo* es un título que, debido a su uso continuo tanto en ediciones del libro como en estudios críticos o adaptaciones, se encuentra fijado.

El especial estado mental en el que lo sumió la enfermedad le hizo recordar, pero es fácil dudar de la exactitud de sus recuerdos. Probablemente, muchos de ellos se fueron transformando imperceptiblemente con el correr del tiempo. Unos detalles se borraron, otros se magnificaron; pero eran totalmente verdaderos para el anciano Hudson, porque así es como su mente los había rescatado, y ese recuerdo inestable es, sin duda, lo que él vivió:

Al leer páginas de tan sobrecogedora transparencia, una vez más me pregunto de qué modo el niño y el joven y el hombre hecho mirarán lo que se les presentaban ante los ojos. Como si las cosas que contemplaba, a la vez que despertarlo extraordinariamente, lo hubiesen, paradójicamente, mantenido en un estado próximo al letargo, especie de duermevela o “lectura” pasiva a la vez que conciencia para que, una vez pasadas al estado de recuerdos, mantuvieran, salvados los años, esa pátina tan única con que las leemos ahora (Calveyra, *Allá en lo verde* 23).

El poeta no puede evitar preguntarse dónde estaban escondidos todos esos recuerdos que brotaron con suma naturalidad, y cómo estos permanecieron intactos durante tantos años bajo el peso de tantas otras vivencias acumuladas a lo largo de la vida. Pero también qué tuvo que desterrar Hudson de su mente para recuperar su pasada juventud, a qué renunció: “Pero, de una vez por todas, ¿qué es lo que dejamos de saber, qué es lo que empezamos tan casi enseguida a ignorar, de qué nos olvidamos cuando estos sucesos vuelven, se vuelven presentes en el teatro del cielo y de la tierra?” (40).

En opinión de Calveyra, el trasfondo de *Allá lejos y hace tiempo* es trágico, y tiene un “tono inconfundible de elegía” (17). El recuerdo de la infancia, de la vida transcurrida en Argentina, tendría que ver, entonces, con la necesidad del anciano Hudson de recuperar aquella vida de plenitud y dicha que había dejado atrás, pues para el poeta no hay duda de que la “nostalgia [...] lo acompañó como una sombra desde el momento de dejar la patria” (44). El poeta realiza, por lo tanto, una lectura de la obra de Hudson centrada en su desarraigo, en la idea compartida por parte de la crítica hudsoniana, especialmente la argentina,⁴ de que la vida del escritor angloargentino finalizó o, más bien, quedó suspendida, cuando abandonó las tierras de América del Sur.⁵

En la obra de Hudson no se encuentran las respuestas a muchas de las preguntas que la crítica formula, ni las justificaciones a sus acciones; de ahí la tendencia a considerar que algo había fallado en su vida:

Para desencanto de varios, no se le escuchó una condena firme de la tiranía rosista, ni una alabanza a la modernización genocida, ni un saludo a los europeos migrantes. Tampoco han dado con la cita que explique satisfactoriamente su partida, mucho menos su reticencia a volver pese a las invitaciones de algunos familiares que lo tientan con imágenes de avecillas y de flores.

⁴ También sus amigos en Inglaterra colaboraron en crear esta imagen: “Él mismo fué un pájaro en Londres, preso en la enfermedad y en la pobreza, imposibilitado de huir, sino en raros intervalos, a su propio mundo de luz y de aire” (Cunninghame Graham 97).

⁵ Son muchos los que insisten en esta idea. No siendo en esta ocasión necesario nombrarlos a todos, baste tomar por ejemplo las palabras de Carlos Antonio Moncaut, quien opina que “Los años que ‘vive’ en Inglaterra son puramente de recuerdos. En realidad, no vive sino más que de añoranzas” (26) y que “Desde los treinta y tres años de vida, hasta su muerte, vivió alejado, en un país extraño, encadenado a las circunstancias, impotente, pero enlazado al recuerdo de su querida tierra nativa, la llanura argentina, única llama que dio calor, vida y esperanza a su corazón entristecido” (28); añade “Vivió Hudson su estada en Inglaterra, enfermo y desvalido, alentando siempre la esperanza de poder algún día revivir su infancia y juventud. Comenzó a publicar sus obras a avanzada edad. Edad en que no pensaba en el futuro, sino solamente en el pasado [...] Si bien su presencia física se hallaba en Inglaterra, su alma estaba en la llanura quilmeña” (36-37).

Ante la desgracia de que los datos no confirmen el Hudson deseado, muchos optan por encontrarlo contradictorio, incoherente, aturdido. Otros recrean un triste gaucho atrapado por la city más parecido a un águila enjaulada y en pena. Cuando no un romántico que prefiere el destierro antes de ver con sus propios largavistas los campos arados. Un hombre que vive a través de su escritura porque afirma que su vida ha terminado al dejar las pampas (Fernández Cordero, 253).

No es que no tengan razón al afirmar que Hudson vivió en una continua nostalgia, puesto que él mismo la expresó con toda claridad:

Aprecio menos el naranjo o el limón, que el Orgullo de China o Árbol del Paraíso, como variadamente se le llama. A menudo me detengo en el recuerdo, a la sombra de su tenue y suelto follaje, bebiendo el divino aroma de sus oscuras flores moradas hasta sentirse enfermo de nostalgia, y encontrándome tan lejos de él me siento verdaderamente desterrado y extraño en una tierra extranjera (*Una cierva* 59).

Pero se exagera notablemente —o se le cree en exceso— cuando se dice que “No hay en la literatura de su época un monumento de nostalgia, añoranza y *saudade*, comparable al suyo” (Guglielmini, 39). En este empeño por exaltar lo que en Hudson hubo de nostálgico, se olvida que el desacomodo constante con la época y la expresión de añoranzas y angustias no son solo rasgos consustanciales del periodo literario en el que le tocó vivir, sino comunes a un elevado número de seres humanos. En su caso, se vuelve aún más natural, pues el haber vivido los primeros treinta y tres años de su vida en otro lugar hizo más significativa la diferencia entre las distintas etapas de su vida. Cabe recordar que sus años en Inglaterra, especialmente a partir de la última década del siglo XIX, estuvieron acompañados por cálidas amistades y experiencias inolvidables:

[...] vivió rodeado de amigos y de admiradores y fue elogiado y estimado por los escritores más conocidos de su generación; recibió numerosas invitaciones, que rechazaba a menudo por motivos de salud (en una carta habla de tener catorce o quince invitaciones para ir a casas de campo, en la primavera, pero no puede aceptar ninguna) y tuvo un número impresionante de correspondientes en el mundo entero sobre temas ornitológicos. Muchas personas consideran asombroso que, en sus recuerdos, Hudson mencione a menudo a la Argentina; creo que lo verdaderamente anómalo sería que no lo hiciera un hombre que vivió aquí treinta y tres años, en el periodo más impresionante de su vida y que, por la índole misma de sus escritos, está siempre comparando especies animales y vegetales. Por otra parte, como jamás salió de las Islas Británicas y ni siquiera cruzó el Canal para conocer a Francia, no tenía otro elemento de comparación fuera de la fauna y la flora del Plata, ni hubiera podido evitar las asociaciones que se le presentaban a cada paso en su tarea de naturalista. (Jurado 11)

2. Experiencias vitales comunes

La mirada que Arnaldo Calveyra vuelve hacia Hudson, como autor, está marcada por su propia experiencia.⁶ Calveyra se fue en 1960 a París con una beca, y acabó arraigándose porque —como él mismo expresó en una entrevista— “las cosas se tejen fuera de uno” (Calveyra en *Los siete*

⁶ También otros escritores, como Pablo Urbanyi, Ricardo Piglia o Guillermo Cabrera Infante, han leído a Hudson a partir de sus propias experiencias vitales, de sus propios desarraigos y de sus propias nostalgias.

locos).⁷ Como poeta y escritor argentino radicado permanentemente en Francia, él también tuvo que enfrentarse a un sinnúmero de preguntas sobre el porqué de su marcha y, aún más, de su no regreso. No encontró una explicación, solo una respuesta simple y sustantiva: la vida. En este aspecto, se sintió cercano a Hudson, que se fue siguiendo, como él, una vocación.

La decisión de Hudson de trasladarse a la Inglaterra victoriana es sin duda el momento de su biografía que más ha desconcertado a los críticos. La tendencia más generalizada ha consistido en negar la voluntariedad de este traslado, a pesar de que se sabe que nada lo obligó a tomar esta decisión y que no se trató, en absoluto, de un exilio.⁸ Las conjeturas surgidas en torno a su partida han sido de lo más variopintas, pero parece que pudo haberse visto motivado por su interés en convertirse en naturalista y adentrarse en la academia científica. Está claro que, en un determinado momento –cercano a su época de soldado–, Hudson supo que deseaba profesionalizar sus andanzas juveniles y convertirse en un ornitólogo y en un naturalista de campo. Tenía una vocación fuerte que intentó desarrollar durante un tiempo en Argentina, realizando trabajos en las estancias de sus conocidos ingleses y trabajando desde la distancia para el Instituto Smithsonian y la Sociedad Zoológica de Londres. Sin embargo, esto no bastó para lograr una estabilidad material.

Conocía ya lo provechoso de vivir en una gran ciudad –pues durante los últimos años en Argentina había residido en Buenos Aires– desde la que emprender exploraciones continuas, y puesto que en Argentina echaba en falta un círculo literario de habla inglesa, vio en Londres la solución a sus necesidades.⁹ Así –siendo práctico y casi utilitarista–, se adaptó a una sociedad que no poseía sus valores (desinterés por la política y la actualidad; desprecio hacia el dinero y lo material; preferencia por lo rural frente a lo urbano...) por lo que esta podía ofrecerle. De hecho, si bien sus viajes al sur y a la costa de Inglaterra, junto a sus salidas a la campiña, fueron sumamente importantes para él –y una fuente de alivio– se ubicó principalmente en Londres porque era este el lugar en el que se situaba no solo la Sociedad Zoológica, sino también el mundo editorial:

Es posible que las razones que lo llevaron a preferir Inglaterra residieran en la atracción que ofrecía como centro cultural [...] Por lo tanto, él debía ver en Inglaterra el ambiente propicio para alcanzar sus objetivos científicos. En Inglaterra residían Darwin, Spencer, Sclater y muchos discípulos del primero. La biología del siglo XIX había sido sacudida por la influencia de las doctrinas evolucionistas de los sabios y pensadores ingleses. Todas estas razones hacen verosímil la hipótesis de que sólo motivos culturales y, más que culturales, estrictamente científicos y ligados a su dedicación, lo impulsaron a viajar para radicarse allá. (Azcoaga, 11-12)

Esperaba aportar algo al campo de la ornitología, por lo que ya en septiembre de 1869 le dijo a Sclater: “De tiempo en tiempo he estado escribiendo notas sobre los hábitos de las aves, etc.,

⁷ La transcripción del audio es mía.

⁸ Esto no ha impedido que escritores que vivieron un exilio político sintiesen que compartían con Hudson una misma experiencia vital, más allá de las diferencias históricas y personales. No solo fue la experiencia de Ricardo Piglia, sino también la de Guillermo Cabrera Infante, quien, desde Londres –recordando su primera lectura de *Allá lejos y hace tiempo*–, escribió: “Hudson y yo compartíamos ahora el mismo pasado, el mismo pasto, idénticas pasturas grises que fueron verdes un día” (293). Por otro lado, debe tenerse en cuenta que Hudson sí utilizó la palabra “exilio” para referirse a su propia existencia en Inglaterra, sobre todo cuando quería expresar que –por enfermedad o trabajo– se veía impedido del contacto con la naturaleza o de realizar viajes.

⁹ En *Días de ocio en la Patagonia* expresó claramente la vocación que motivó el viaje al sur argentino: “No fue, sin embargo, la fascinación de las viejas leyendas ni el deseo del desierto lo que me atrajo. Hasta que no gusté su sabor, en ésa y otras ocasiones posteriores, no supe lo que significaba para mí su tranquilidad y su soledad, ni imaginé las cosas extrañas que me enseñaría y con qué fuerza quedaría su recuerdo grabado en mi espíritu. Nada de eso me llevó allí, sino la pasión por la ornitología” (17).

de las pampas, y me gustaría mucho saber si podrían ser de alguna importancia para los naturalistas” (*Aves pamperas* 18). Aunque esta vocación inicial fue transmutándose en otra, la de escritor:

Las ambiciones de Hudson eran distintas. Lo que aparentemente es ocio, tiene una dimensión muy rica en una vocación de escritor [...] Si se advierte cómo dividió Hudson sus días cuando Londres le dejó delinear una rutina, se entenderá lo que él pretendía como modo de vida acorde con sus rasgos personales: largos y pausados viajes de observador curioso, intercalados con períodos de una residencia urbana en la cual hubiera tiempo para transmutar en palabras de cadenciosa precisión las cosas y los seres que antes invitaron al examen y la reflexión. Al respecto ha de recordarse que, no obstante todas las protestas que le arrancó durante algo menos de medio siglo la vida en Londres, las aldeas y las granjas de Inglaterra sólo fueron para él lugares de paso dichoso o de permanencia transitoria (Lozzia, 27).

Esta actividad no podía llevarse a cabo en Argentina, donde existía una comunidad angloestadounidense que lo amparaba, pero no un desarrollo de las instituciones culturales semejante al de Inglaterra, país que era el centro de atracción para cualquiera que quisiera emprender una carrera investigadora en el ámbito de la botánica y de la zoología. De haberse quedado en su país natal se habría visto destinado a la lateralidad, a no poder vivir de sus libros. Por esto, y por mucho que la obra de Hudson esté llena de pequeñas píldoras en contra de las grandes urbes, radicarse en Londres era un mal necesario que él decidió aceptar.

Si algo deseaba Calveyra, como Hudson, era escribir. En su Mansilla (Entre Ríos) natal no había nada para él desde el punto de vista cultural. Su viaje a Francia era –tal y como expresó en una entrevista– “un viaje diferente, un viaje para crear algo” (“La letra y la mariposa”).¹⁰ Se fue a Francia a ser un escritor, porque en Argentina, donde trabajaba de profesor cuarenta horas semanales (más los fines de semana corrigiendo), no tenía ni espacio ni tiempo. El espacio era, para él, la misma literatura. Si la naturaleza puede ser considerada el hogar verdadero de Hudson, para Calveyra era en el libro, en la palabra, donde habitaba el escritor. Pero este viaje sin retorno –más allá de las visitas esporádicas– fue definido por él mismo como algo traumático: “Porque ese viaje está presente [...]; ese traumatismo, esa dificultad que fue para mí irme del país, yo de alguna manera tengo que saldarla trabajando” (“Arnaldo Calveyra”).¹¹ La literatura dotó de sentido su desarraigo, y fue su pago perenne a la Argentina.¹²

A partir, pues, de una experiencia del viaje común, las remembranzas hudsonianas atrajeron las del poeta entrerriano que, a sus sesenta años, recupera las vivencias y los asombros de la niñez transcurrida en Mansilla en los años treinta: “Título de esta página: *Explicación de lo que el tiempo hace con los niños y los adolescentes de una casa en el campo entrerriano junto a unas lomas para siempre verdes*” (*Allá en lo verde* 65). Del mismo modo que Hudson evocó nítidamente Argentina desde Inglaterra, él tuvo la experiencia de abrir la ventana de su cuarto de París y ver Mansilla:

Para mí *La cuarta dimensión* sería, como me ha sucedido muchas veces, abrir un día de verano la ventana de mi pieza y ver el horizonte en Entre Ríos, de mi pieza de París; esa

¹⁰ La transcripción del audio es mía.

¹¹ La transcripción del audio es mía.

¹² Esta breve trayectoria vital de Calveyra procede de sus propias explicaciones, dadas en respuesta a diversas entrevistas. Véanse “Arnaldo Calveyra en Los siete locos” (14 de noviembre de 2011) y “La letra y la mariposa. Ensayo documental sobre Arnaldo Calveyra” (18 de febrero de 2016).

es “la cuarta dimensión”. Simplemente, ver, pero ver realmente, el campo de Mansilla, próximo, donde yo nací”. (“Arnaldo Calveyra”)

Esa fue su principal fuente literaria: “Yo trabajo con lo que tengo a mano [...] Vivo en París, y entonces, ¿qué tengo a mano?, en general tengo a mano el horizonte de Entre Ríos” (“Arnaldo Calveyra”).

3. La prosa poética

Como lo hicieran sus contemporáneos, Calveyra alaba la prosa de Hudson, considerando su autobiografía un “poemario de la más alta condición” (*Allá en lo verde* 45). Más adelante, recalca sus cualidades poéticas:¹³

No son pocas las ocasiones, dije, en que en las páginas de *Allá lejos y hace tiempo* no todo resulta directamente aludido por la palabra, ¿y cómo aludir al mismo tiempo al canto de un pájaro cuando a la vez lo estamos oyendo en el libro?, ¿oír el canto de los pájaros que tan bien escuchó y gozó en sus caminatas, tan presente en *Allá lejos y hace tiempo* en forma de *ostinato* inolvidable? Páginas no siempre impresionadas por la palabra escrita como si de fotografías o grabados subliminales se tratara, son incontables los momentos en que lo no dicho gravita en lo que dice, peso, adhesión de instantes; como en un poema las palabras no escritas pero oídas por la mente, así sentidas, acuden a nosotros en forma de armónicos y es, simplemente, porque *ya* son armónicos, ya han empezado su tarea inefable, como si de una partitura en obra se tratara. (104)

La prosa con alta calidad poética de Hudson es contagiosa, de modo que poco a poco Arnaldo Calveyra empieza a rememorar su propia infancia, su propia casa en la loma “allá lejos y hace tiempo”. Como bien ha explicado Jorge Monteleone:

Virginia Woolf, intensa admiradora de Hudson, escribió que el hombre maduro simplemente repetía la intacta pasión del niño y que, por lo tanto, “no tenía necesidad de reconstruirse a sí mismo, sino únicamente de intensificarse”. Calveyra, poeta maduro, también se intensifica en *Allá en lo verde Hudson*, libro extraordinario y de una delicia serena [...], que no sólo es un ejercicio de memoria poética, un ensayo de lectura, un apunte autobiográfico susurrado, sino también un tratado oblicuo sobre la relación entre el arte y la experiencia vivida, esa zona donde todo se funda en un origen, nacido del presente de la lectura, como un conjuro del tiempo perdido, a través del mito personal. (s/p)

Aunque Calveyra esté escribiendo a partir del texto de Hudson, su tono más poético pierde algo de esa sencillez hudsoniana, de esa forma de narrar que maravillaba a Ford Madox Ford, que encontraba en su amigo la expresión del gran arte: “Mr. Hudson is, of course, the finest, the most delicate, and the most natural of stylist that we have or that we have ever had” (208). Las palabras del poeta del siglo XXI se vuelven cada vez más líricas:

¹³ Cuando le preguntaron en una entrevista para el programa de televisión argentino *Los siete locos* sobre la relación y la diferencia entre la poesía y la prosa, Calveyra respondió que “A la prosa yo la cuido como a la poesía. Para mí no hay diferencia, estoy jugando de una manera justa, en la línea; para mí todas son líneas, sea prosa sea poesía” (Calveyra en *Los siete locos*). Esta mezcla entre prosa y poesía, la calidad de una prosa que se vuelve poética, la observó en Hudson; alabando –él también– la oralidad castellana que se impone a la escritura en inglés.

Esas luces que pasaban, si se pensaba, bien eran palomas mensajeras.
Jugando con luz hasta tarde, hasta que no nos quedaba más entre las manos.
Luz espaciosa de bajo los árboles, tanto árbol como jugaba a volverla forastera, al ponerse a bailar junto a sus ropas parecía escamotear algo con el cuerpo. (59)

Progresivamente, deja de comentar la obra de Hudson para escribir su propio *Allá lejos y hace tiempo*. Un libro lleva a la creación de otro, hasta que se confunden, haciendo que *Allá en lo verde Hudson* se convierta en la prolongación de la autobiografía del angloargentino:

Sería interesante, y hasta necesario, fechar en el tiempo las páginas que se escriben y se escribirán en función del libro que compondrán un día, libro donde han de figurar éstas para sumarse a las suyas hasta que en ellas se instale, como en toda cosmogonía, esa como fatalidad casi siempre con algo cómico de cuadro vivo. (69)

4. Traducción y recepción

Hay algo más que Calveyra compartió con Hudson: la experiencia de escribir en una lengua y ser leído en otra. Calveyra, pese a vivir tantísimos años en Francia, escribió siempre en castellano (opinaba que conocía bien el francés hablado, pero que no podía redactar una obra literaria en ese idioma); sin embargo, varias de sus obras se publicaron antes traducidas al francés que en el original. Sus libros fueron, de hecho, considerados parte de la literatura francesa gracias, en especial, al trabajo admirable de su primera traductora: Laure Bataillon.

Partiendo de esa realidad, sus reflexiones en *Allá en lo verde Hudson* giran especialmente en torno a qué leemos cuando leemos una traducción. El poeta se pregunta por la lengua y por esos trasvases que produce la traducción: ¿es siempre la misma obra la que se lee en inglés, francés o castellano?; ¿es siempre Hudson, y solo Hudson, el que escribe?; ¿cuál es el alcance de la huella del traductor?:

Al disponer, además del texto original de *Allá lejos y hace tiempo*, de las versiones castellana y francesa, puedo, por curiosidad hacia las palabras de mi lengua, pasearme libremente entre ambas traducciones y, como siempre en el caso de libros de este tipo, me pregunto por lo que el lector lee en una traducción. (9)

Con estas palabras y las que siguen, Calveyra se adentra en los debates que giran en torno a la traducción literaria. En la actualidad –desde los años setenta–, existe la noción de que traducir es desviarse, ya que no puede existir una traducción definitiva, y de que el libro traducido se separa del original creando un nuevo universo de sentido y adquiriendo autonomía. Desde este punto de vista, cabría indagar, incluso, en qué aporta *Allá lejos y hace tiempo* –en sus distintas ediciones– a *Far Away and Long Ago*.¹⁴ Se produce una transformación interpretativa, y a partir

¹⁴ En una conversación que Roberto Bolaño mantuvo con Ricardo Piglia, vía correo electrónico (posteriormente publicada en el suplemento *Babelia* el 3 de marzo de 2001), el chileno reconoció que durante mucho tiempo pensó que Hudson escribía en castellano, y que tardó en percatarse de que estaba ante una traducción. No se trata de un caso aislado; probablemente a esa confusión contribuya el hecho de que “William Henry” se convirtiese en “Guillermo Enrique” en muchas de las ediciones de sus libros.

de un texto se crea otro (Venuti). De ahí que quepa preguntarse qué lee un lector al aproximarse a una traducción; porque no está ante el mismo texto, copiado y volcado literalmente en otro idioma.¹⁵

Leer un libro en traducción equivale también y desde un comienzo a estar lejos de saberlo todo del ambiente, la atmósfera de las palabras con que fue escrito, de los sustantivos en particular, de saberlo todo sobre los diferentes hitos que subyacen en el texto de origen, y lo sustentan. Si no es poniendo en juego nuestra intuición de lectores, no podremos nunca llegar a saberlo todo del ambiente de las palabras del libro; podremos, en cambio, interesarnos por los armónicos que el traductor encontró o ensayó para dárnoslo a conocer. Sólo así llegaremos a saber algo sobre los elementos que entraron en la composición del libro; o por aproximaciones sucesivas al ambiente de las palabras que lo componen, o, mejor aún, mediante un acto de fe en el traductor que convocó esas palabras llegadas de otra lengua; todo o casi todo sobre esa patriada que es una traducción (no es excesiva la palabra), y de las mayores; todo o casi todo sobre esas palabras que levantaron o levantarán en nosotros esa serie de “armónicos”, que salvaron precipicios e hicieron lo imposible para que pudiéramos encontrarnos, en medio de nuestra circunstancia de lectores que lo desconocen todo o casi todo de la lengua de origen, con semejante libro llegado a nuestra lengua. (*Allá en lo verde* 11-12)

La traducción, entonces, no deja de ser una forma de apropiación. A partir de la idea de la autonomía del texto traducido, deja de ser importante cómo se ha realizado la traducción de dicho texto –su semejanza mayor o menor con el original–, para poner el foco en quién es el que traduce y por qué ha realizado dicho trabajo (se le otorga mayor importancia, por lo tanto, a la cultura de llegada). ¿Por qué Pozzo traduce a Hudson? Por la relevancia de sus descripciones del gaucho, por el valor histórico de su obra, por la relación afectiva establecida con el escritor por haber nacido, también él, en Quilmes, etc. La obra de Hudson se traduce, entonces, porque es importante para la historia literaria y sociopolítica argentina. De hecho, Hudson –en opinión de Calveyra– fundó un poco más la Argentina escribiéndola en inglés: “En el caso de *Allá lejos y hace tiempo* no es excesiva la palabra *patriada*, puesto que Hudson con este libro contribuyó a fundarnos un poco más, y, sin lugar a dudas, contribuyó a que llegáramos a valorar lo mejor que tenemos: gentes y luz” (12).

Los traductores siempre fueron de gran interés para Piglia, que los consideraba un modelo inquietante de lector (de cómo leen el original, surge la interpretación que vuelcan en las páginas). Sigue la idea de que el traductor se pone a sí mismo en juego cuando traduce (Calvino). Aparte, debe considerarse que la relación con las obras literarias traducidas ha sido muy importante en todas las historias de la literatura, y quizá de un modo especial en la argentina. Dice Ricardo Piglia en *Crítica y ficción*: “Sin duda la traducción es una de las grandes tradiciones de la cultura argentina: Sarmiento, Arlt, Borges, hay toda una red que cruza la lengua extranjera, la traducción, la escritura nacional” (104).

¹⁵ No obstante, a pesar de la independencia del texto traducido, en los últimos años se han vuelto relevantes las diferencias culturales, que distancian a la cultura de salida de la de llegada. A la hora de traducir, se debe considerar la alteridad del texto extranjero traducido evitando domesticarlo para convertirlo en un objeto cultural más familiar. El texto debe, por lo tanto, mantener la alteridad y la diferencia manifiesta en el original (a partir de una ética de la traducción). Esto es algo que podría reprochársele a las traducciones de la obra de Hudson, ya que estas podrían crear una visión distorsionada de sus apreciaciones o sentimientos hacia Argentina, o de su propia identidad y singularidad. De todos modos, a la hora de juzgar una traducción, debe tomarse también en cuenta –como se viene haciendo desde los años ochenta– el contexto histórico y social en el que se produjo dicha traducción. El texto cambia continuamente al ser traducido porque la labor de reescritura (no copia) se realiza desde una óptica y una ideología diferentes, otorgando un nuevo valor que se inserta en una nueva realidad política y cultural (Hermans). Debemos plantearnos, entonces, cuál es el contexto sociopolítico e histórico en el que el matrimonio Pozzo traduce: el auge del criollismo. Esto explicaría, al menos en parte, el acriollamiento del texto.

Fundó la patria en inglés, pero una gran parte de sus lectores argentinos accedieron a su obra en castellano, lo que implica, inevitablemente, un cambio:

Y de nuevo la cuestión siempre abierta: ¿qué leemos cuando leemos en traducción un libro de esta especie? En el caso de *Allá lejos y hace tiempo*, libro en que a no dudarlo la sintaxis de la lengua inglesa, su magnificencia, han de haber sido puestas a contribución para despertar mediante leves toquécitos recuerdos enterrados de hace tanto en una mente, y ante la imposibilidad de poder dar una respuesta válida para gentiles y creyentes, lanzo como hipótesis la de que las imágenes que Hudson convocó (me refiero en particular a los sustantivos de *Allá lejos y hace tiempo*, gracias a los cuales renacen ante nosotros ocasiones únicas de vida, impregnados como estaban y siguen estando de la misma nostalgia que fue suya, esa red de sucesos que se despliegan en forma de jardines, sustantivos y adjetivos que viven de la vida concentrada de la metáfora, hacen que no haya discontinuidad entre la nostalgia que rezuma el castellano de los esposos Pozzo cuya traducción tengo en mis manos, y la del propio autor, nostalgia que se le puso a la par la tarde de su partida como un nubarrón llegando del estuario para nunca más abandonarlo ni bien puesto el pie en ese barco que lo llevaría, creía él, por un tiempo, al *home*, a Inglaterra, cuna de sus antepasados, país de donde no volvería. (72-75)¹⁶

Conclusión: Hudson, escritor argentino

Pese a todo lo comentado, lo más interesante es que *Allá en lo verde Hudson* finaliza con un alegato que reivindica *Allá lejos y hace tiempo* como un libro fundador de la literatura argentina. Calveyra valora la obra de Hudson, por lo tanto, por los mismos motivos que han llevado a otros críticos y autores a apreciarla (como sus descripciones de los gauchos o el cuestionamiento sobre el trasvase que produce la traducción), hasta llegar a su reconocimiento como autor argentino, sin que esta nacionalización deba ser cuestionada por el idioma de su escritura, ya que:¹⁷

Los libros fundan en primer lugar una patria, la patria de los libros; sólo más tarde y por intensas y casi siempre inesperadas razones, por una alquimia misteriosa, su resplandor, de modo sonámbulo, se encamina hacia la patria geográfica: para completarla con la cresta de la canción, conferirle una necesidad y esa como urgencia del canto: para las épocas en que la noción de patria disminuye, su perfume de azahar, épocas de vacas flacas, de verdades a medias, de semiverdades, canción sin la cual patria no hay, canción mediante la cual, aun destruida, semiderruida, la patria se obstina. (154)

Esta era, también, la opinión de Jorge Luis Borges, Ricardo Piglia, Carlos Gamerro o Juan José Saer. Este último, hablando de diversos escritores del siglo XX cuya obra tuvo la oportunidad de leer, apuntó que:

¹⁶ Con la aparición del “nubarrón” se vuelve a las imágenes que convocan tristeza y desdicha, y también a la idea de que Hudson fue infeliz en Inglaterra.

¹⁷ Para apoyar esta idea, al hilvanar unos episodios y otros de *Allá lejos y hace tiempo*, Arnaldo Calveyra eligió especialmente los que tenían que ver con los encuentros de Hudson con otros habitantes de la pampa, ya fuesen argentinos o ingleses. Así, vuelven a pasearse por las páginas de un libro doña Pascuala, los estancieros, los gauchos, el bufón don Eusebio, don Gregorio Gándara... pero también el Mr. Trigg, Sandy McLachlan o las hijas de George Royd. Estos episodios reflexionan en silencio sobre el idioma que Hudson utilizó para expresarse.

Buena parte de esos autores son extranjeros, particularmente ingleses o franceses, pero para mí, como Hudson y sus maravillosas observaciones de naturalista, aunque sus escritos estén cautivos en otros idiomas, son auténticos clásicos argentinos. (194)

De este modo, para Calveyra, lo literario supera a lo geográfico:

Vuelve, por segunda vez vuelve, atraviesa el mar en el sentido ahora del *home*, ¿qué importa la muerte si lo que nos dejaste escrito atesora tu luz, tu luz viva, que con palabras inglesas –una de las condiciones para que fábula hubiera– nos señaló qué árboles, nos mostró cuáles pájaros?

Nos serás cien años útil y te seguiremos queriendo otros mil. (114-115)

Hudson habitó, más que cualquier otro lugar, *Allá lejos y hace tiempo*, el libro a través del cual sus connacionales argentinos lo recuperaron (no en vano, Calveyra repitió en diversas ocasiones a lo largo de *Allá en lo verde Hudson* la frase “*Si la Argentina fuera una novela*”).

Obras citadas

- Azcoaga, Juan Enrique. *G. E. Hudson*. Editor de América Latina S. A., 1969.
- Cabrera Infante, Guillermo. “El ave del paraíso perdido”. *Vidas para leerlas*, Alfaguara, 1998, pp. 291-294.
- Calveyra, Arnaldo. *Allá en lo verde Hudson*. Adriana Hidalgo Editora, 2012.
- _____. “Arnaldo Calveyra” [vídeo], 2011, <https://www.youtube.com/watch?v=8stAr3cfMAA>
- Calveyra, Arnaldo. “Arnaldo Calveyra en Los siete locos” [vídeo], 2011, <https://www.youtube.com/watch?v=OtWtz02KniQ>
- _____. “La letra y la mariposa. Ensayo documental sobre Arnaldo Calveyra” [vídeo], 2016, https://www.youtube.com/watch?v=Cx_E8pL9nIA
- Calvino, Italo. *Saggi 1945-1985*. Mondadori, 1995.
- Cunninghame Graham, Roberto Bontine. “Allá lejos y hace mucho tiempo”. Traducción de Óscar Coham. *Repertorio Americano. Semanario de Cultura Hispánica* (“*Homenaje a Guillermo Enrique Hudson*”), vol. XXVIII, no. 7, 1934, pp. 97-98.
- Fernández Cordero, Laura. “La pampa de memoria”. *La memoria en el atril. Entre los mitos de archivo y el pasado de las experiencias*, comp. por Horacio González, Colihue, 2005, pp. 243-254.
- Ford, Ford Madox. *Memories and Impressions. A Study in Atmospheres*. Harper & Brothers Publishers, 1911.
- Guglielmini, Homero Mario. “Un paraíso perdido: Guillermo Hudson”. *Fronteras de la literatura argentina*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1954, pp. 35-47.
- Hermans, Theo. *The Manipulation of Literature: Studies in Literary Translation*. London, 1985.
- Hudson, William Henry. *Allá lejos y tiempo atrás*. Madrid, 2004.
- _____. *Aves pamperas*. Traducción de Diego Gallegos, Createspace Independent Publishing Platform, 2018.
- _____. *Días de ocio en la Patagonia. Diario de un naturalista (1893)*. Traducción de J. Hubert, Joaquín Gil Editor, Ediciones Continente, 2007.
- _____. *Una cierva en el Parque de Richmond*. Editorial Claridad, 1944.
- Jurado, Alicia. *Vida y obra de W. H. Hudson*. Fondo Nacional de las Artes, 1971.

- Lozzia, Luis Mario. *Los escondrijos del águila: Tres preguntas a W. H. Hudson*. El Francotirador Ediciones, 1998.
- Moncaut, Carlos Antonio. *Reminiscencias del gaucho Guillermo Enrique Hudson y breviarario de sus Pájaros del Plata*. Carlos Antonio Moncaut, 1961.
- Monteleone, Jorge. “Libros y autores. Poeta de doble horizonte”. *La Nación*, 24 de agosto 2012, <https://www.lanacion.com.ar/cultura/poeta-de-doble-horizonte-nid15011713>
- Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Anagrama, 2001.
- Pozzo, Fernando. *Semblanza de Hudson*. Instituto de Conferencias del Banco Municipal, 1940.
- Saer, Juan José. *Trabajos*. Seix Barral, 2005.
- Venuti, Lawrence. *The Translator's Invisibility. A History of Translation*. Routledge, 1995.
- Zeiger, Claudio. “El sustantivo vence al tiempo”. *Página 12*, 15 de abril 2012, <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4640-2012-04-15.html>